EL LOBO CERVAL: NOTAS ETNOGRÁFICAS

José Piñeiro Maceiras

La denominación de *lobo cerval* es la tradicional del lince en los territorios ocupados por la Corona de Castilla en la baja Edad Media, como bien puede deducirse de las Partidas de Alfonso X el Sabio. Concretamente, la Séptima Partida alude así al lince, considerándolo un animal salvaje de una fiereza similar a la de otras bestias salvajes: leones, osos o leopardos. Reza la ley XXIII (título XV) del siguiente tenor:

> León, o onça, o león pardo, o osso, o lobo cerual, o gineta, o serpiente, o otras bestias que son brauas de natura, teniendo algund ome en su casa, deuela guardar, e detener presa, de manera que non faga daño a ninguno.

El contenido del precepto transcrito del siglo XIII resulta bastante sorprendente, pues los perjuicios que trata de aliviar el legislador alfonsino no sólo aluden a los económicos, sino también a los personales, contemplando los ataques directos de tales fieras a las personas:

> E si alguna destas bestias fiziesse daño en la persona de alguno ome, de manera que lo llagase, deuelo fazer guarecer el señor de la bestia, comprando las melezinas, e pagando al Maestro que lo guareciere, de lo suyo (…) E si muriese de aquellas llagas quel fizo, deue pechar porende, aquel cuya era la bestia, doscientos marauedis…

La exigencia del resarcimiento de estos daños por la vía penal[1], y no por la privada como hubiera sido lo lógico, indica que por entonces las acometidas de los animales salvajes a los hombres constituían accidentes habituales, que hacían recomendable la imposición de castigos ejemplares y rápidos, los cuales perduraron en la normativa castellana varios siglos, habida cuenta de que la aplicación del código de las Siete Partidas se extendió hasta el siglo XIX.

Tampoco ha de olvidarse que bajo la dirección muy posible de Alfonso X el Sabio se había traducido al romance la colección de cuentos orientales titulada *Calila y Dimna;* nombres fantásticos que aluden a dos linces que representan en el relato la infidelidad y la codicia, habiendo preferido el traductor castellano de 1251 emplear únicamente la expresión «lobos cervales» para referirse a tales animales.

En cualquier caso, el nombre no es exclusivamente ibérico, habiendo sido ya utilizado por Plinio en el siglo I d. C, siendo adoptado igualmente por varios países europeos como bien recordaría el conde de Buffon en el siglo XVIII. Este último naturalista incluso aventura que el origen de la denominación procede de emitir la especie un grito confundible con el aullido del lobo, y de presentar la piel del animal un color similar al del ciervo joven o por ser éste una de sus fuentes principales de alimento[2].

Con todo, la denominación referida cuajó en todo el norte peninsular, pese a su diversidad de hablas; en este sentido creemos que la amplia divulgación que adquirieron las Partidas ayudó bastante al uso y consolidación posterior de término[3].

En Cataluña, con normativa diferente, la palabra elegida para identificar al lince regional también ha sido la de lobo cerval o cervero[4], tal como refería la prensa barcelonesa en la década de los treinta:

> En la actualidad se ve de tanto en tanto algún lobo cerval, mamífero muy parecido al perro mastín, de pelo gris oscuro, un poco más grande que la zorra, pero de instintos parecidos a los de su compañero lobo, muy enemigo del ganado…[5]

Incluso, el término fue el corriente en la lengua portuguesa hasta la época decimonónica, distinguiéndose entre «lobos asnales» y «lobos cervales»:

> *Lobo asnal*: lobo grande. *Lobo cerval*: animal, que tem muita semelhança com o gato; caça cervos, e veados; é mais pequeno que o asnal…[6]

Sea como fuere, la abundancia pasada de la especie por el noroeste ibérico ha sido minusvalorada en los tiempos que corren: hasta tal punto que incluso se ha puesto en duda en algunos foros la existencia pretérita del lince en las provincias de la fachada atlántica de nuestro país.

Como prueba de su equivocación, transcribamos las frases escritas por una de las autoridades de Galicia durante el siglo XVII. Nos referimos a don Bernardo de Luazes, Oidor y alcalde mayor de la Real Audiencia del Reino de Galicia, eminente jurista que propició que el antiguo reino galaico pudiera recuperar el voto en las Cortes de Castilla. Pues bien, en fecha anterior a 1645, este ilustrado santiagués redactó una memoria poco conocida sobre las producciones de la región gallega[7], donde indicaba textualmente lo que sigue:

Fotografía: Ana Calderón, Jaén, mayo 2010.

> Produce este Reyno todo genero de animales y infinitas martas, tan finas que no se diferencian de las sebellinas, de que se hace gran caudal en Castilla; ai muchos lobos cervales de tan hermosas pintas que en todas partes se estiman en mucho, y otros buenos para aforros…

La especie de la región motivará, como ya hemos indicado, la curiosidad del padre Martín Sarmiento a lo largo del siglo XVIII, quien dejará escrito un manuscrito monográfico de seis pliegos, cuyos originales se conservan en el monasterio de Silos. El autor, uno de los naturalistas españoles más considerados de aquel tiempo, no sólo se limitaría a describir la anatomía de la especie sino que referirá los estudios zoológicos conocidos hasta entonces, aparte de comentar algunas características reales y ficticias atribuidas por entonces al félido. Entre estas propiedades, menciona como amuleto, la uña del pulgar del pie derecho del *lobo cerval*, la cual, engastada en plata y traída consigo, era un excelente preservativo contra la epilepsia o "gota coral" y se vendía públicamente a tales fines. También menciona que traídas consigo esas uñas son buenas contra el espasmo. Continúa el sabio religioso diciendo que otro amuleto que produce este felino recibe el nombre de "lincurio", afirmando la creencia popular de que se forma cuando la orina del lince cae sobre terreno seco, haciéndose una piedra conocida como "lapis de Licurio", y que se emplea contra el dolor de estómago y la ictericia. En cambio, si la orina cae sobre terreno húmedo, nacen unos hongos o "fungis edulibus" que, al igual que sucede con el "lincurio", sirven contra dichas enfermedades.

Con todo, no debe sorprender que el padre Sarmiento se refiera inicialmente al avistamiento de "la especie de un animal feroz y desconocido", y luego mencione los distintos amuletos que se obtienen de aquél, sobre los que se habían formado incluso creencias populares, y que eran susceptibles de comercio: la razón es que el lince poseía por entonces unos hábitos muy sigilosos y pasaba bastante desapercibido para el paisanaje, que carecía de estudios elementales.

Los comentarios de Martín Sarmiento acerca de lubicán del noroeste hacen pensar que el animal que campaba por la cornisa cantábrica durante los siglos XVII y XVIII podía ser el lince nórdico, motivado por poseer unos hábitos bastante dañinos para la cabaña ganadera, conducta depredatoria de la que, en ocasiones, ha hecho gala esta raza europea. Recuerda, a propósito, A. D. Brehm que un lince boreal que sepa burlar las represalias del hombre, puede destruir la mejor manada de corzos y diezmar importantes rebaños de cabras y ovejas[8].

En la actualidad, se sostiene que el lince boreal no es tan dañino para la cabaña ganadera, pero basta con repasar la documentación antigua para no compartir en su totalidad este planteamiento moderno. Consta en la obra de Brehm, por seguir con la misma fuente informativa, que un ejemplar europeo terminó en una sola noche con la vida de 30 ovejas, y que otro en el verano de 1814 dio buena cuenta de 160 cabras y ovejas[9]. Y es que la situación por la que atravesaron los carnívoros silvestres en el pasado continental, muy forzados por una ganadería doméstica precaria y una economía de subsistencia, no admite mucho parangón con la coyuntura relativamente apacible en que se ha desenvuelto la vida del lince boreal, verbigracia, a partir de mediados del siglo XX; el cual dispone en el viejo Continente de parques y reservas nacionales a propósito, abundancia de presas salvajes y hasta protección legal.

No obstante, algunos contemporáneos de Martín Sarmiento llegaron incluso a conjeturar que los estragos atribuidos al lince gallego habían sido protagonizados por un animal de la misma especie que la famosa fiera de la provincia francesa del Gévaudan:

> Y acaso era la misma especie de animal aquel con que el año de 1765 metieron en Francia tanto ruido las Gacetas, y Mercurios…[10]

De hecho, las diversas teorías que han pululado sobre la identidad de la especie que asoló la región francesa de Auvernia durante el período 1764-1767 no se olvidan del lince:

> Los crímenes y las atrocidades cesaron. Pero, ¿qué mató verdaderamente Jean Chastel? Un lobo o un lince gigantesco que, sin embargo, no es seguro que fuera la bestia. Es cierto que el terror cesó de pronto, pero tampoco esto prueba en términos absolutos que Chastel hubiera matado a la bestia[11]

Y el mismo Sarmiento llega a parecida conclusión, al escribir al duque de Medina Sidonia que la bestia francesa del Gévaudan debería llamarse *raphio*, pues así era cómo se denominaba al lince por los galos durante la ocupación romana[12].

Curiosa deducción de Sarmiento, cuando Bufón para la misma época no alude a la posibilidad de que el animal acometiera ordinariamente a los hombres, y mucho menos Brehm cien años más tarde[13]. Incluso, el fraile villafranquino sostiene que el lince es mucho más dañino para la ganadería doméstica que el mismísimo lobo, atribuyéndole unas conductas depredatorias más sanguinarias.

Con todo, el sabio benedictino apunta la posibilidad de que tales ejemplares sanguinarios padecieran los efectos de la rabia:

> De esto infiero que también los lobos o gatos cervales rabian en algunas ocasiones. Si en una de esas salen de su retiro a los caminos y poblados, tenga Dios su ira. Entonces, un solo gato cerval por su ligereza, voracidad, malignidad de degollar muchas reses, y por su rabia, es capaz de hacer más estragos que 20 lobos juntos…[14]

En cualquier caso, no se trata de un pensamiento particular de Sarmiento, sino de una creencia colectiva bastante arraigada, la cual también influyó en el legislador y en las autoridades del momento, a la hora de adoptar medidas extraordinarias contra las fieras. Así, en 1760, el gobernador del distrito portugués de Chaves reclutaría un ejército de 12.000 hombres con el fin de exterminar un misterioso lince que presumiblemente causaba bastantes daños en ese territorio fronterizo[15], solicitando de su homónimo de Monterrey el concurso de mil ciudadanos gallegos para complementar una operación militar perfectamente orquestada contra un animal silvestre, originando tan magna movilización la muerte de una persona, un caballo, dos lobos ordinarios y siete zorros[16]. Un verdadero despropósito que el mismo Martín Sarmiento deplora taxativamente.

Pero estos ataques inusuales de linces, mejor dicho esas desgracias anómalas, pueden tener otra explicación más sencilla. Todos estos sucesos extraños ocurren durante el siglo XVIII, en una época de grandes cambios políticos, sociales y tecnológicos: la aparición de la máquina de vapor, la propagación del espíritu liberal y enciclopedista, el resquebrajamiento de la sociedad estamental, la Revolución americana de 1776 y la francesa de 1789. Todo ello genera una especie de psicosis colectiva frente a un futuro incierto, que, a mayor abundamiento, viene acompañado de importantes desgracias: el terremoto de Lisboa de 1755, el Terror jacobino o el inicio de las guerras napoleónicas. Es lógico, que ante tales sobresaltos (algunos muy dramáticos) la mente del hombre genere sus propios *razonamientos terapéuticos* para intentar descifrar lo que está sucediendo tan deprisa. Por ende, parece hasta lógico que el ciudadano quiera interpretar que se ha producido una alteración gigantesca del *orden* anterior; y que esa turbulencia no sólo afecta a las relaciones políticas o sociales, sino también a las naturales, siendo entendible así los ataques de los animales salvajes al hombre de su entorno. De este modo se logra comprender mejor esa proliferación de fenómenos catastrofistas protagonizados, bien sea por la fiera del Gevaudan, bien por el lince devorador de criaturas de la raya portuguesa. En el fondo, unos hechos naturales y puntuales son amplificados por la fantasía humana, y el miedo a soportar tales hipotéticas desgracias en un momento inestable de grandes incertidumbres hará el resto. Tal comportamiento subjetivo-social ni siquiera era una novedad en la mente europea occidental, pues había ocurrido algo parecido en el siglo V coincidiendo con la invasión de los Bárbaros y el desmoronamiento definitivo del orden político romano[17].

Con mayor motivo, cuando esas noticias horribles procedían de la Galicia interior muy influenciada entonces por creencias y supersticiones, las cuales tienen su origen remoto en tradiciones orales antiquísimas. Recordemos en ese punto la leyenda del *lobishome*, aun con predicamento en las montañas de Orense durante el primer tercio del siglo XX, y que algunos autores locales han considerado que podía tratarse de un mito con fuertes raíces celto-germánicas[18].

Tras las opiniones del sabio benedictino, las siguientes informaciones sobre el lince regional serían las divulgadas por el naturalista López Seoane, que citaría aún al lince como inquilino de la Galicia interior (el territorio que mejor conocía), dejando sin tratar la fauna silvestre del oriente y mediodía gallegos. Con todo, sus ideas principales las recogería el periodista Eladio Rodríguez a fin de confeccionar su famoso diccionario gallego, de alto valor etnográfico.

Pues bien, don Eladio Rodríguez enumera las siguientes denominaciones pare el lince gallego: *loberno*, *lobo rabaz*, *lobo serval* y *tigre*. Cree el referido autor que el nombre de lobo cerval le viene de ser su grito parecido al de los ciervos y que incluso se sostiene que el animal fascina por su mirada, que puede ver a través de las paredes y que penetra en los cementerios para desenterrar los cadáveres, así como "otra porción de patrañas…"[19]. Lo cierto es que caen dentro del campo de la fantasía las dos primeras apreciaciones, las cuales, por lo demás son comunes al resto del Continente. En cambio, no parece absolutamente falso, como bien puntualiza López Seoane, que en alguna ocasión algún animal carnicero haya tenido hábitos carroñeros, empujado tal vez por el hambre. A. E. Brehm aludía en 1880

a un oso que fue abatido en un cementerio de Siberia, y las crónicas de Idacio refieren que la mortandad artificial de la época de las invasiones bárbaras fueron aprovechadas por los animales salvajes de Hispania para devorar los cadáveres insepultos. Con todo, el autor antes aludido admite que el animal es indócil, fiero y sanguinario, lo cual no deja en buen lugar al lince, si bien reconoce que "lejos de atacar directamente al hombre, rehúse encontrarse con él"[20]. Lo más curioso de las referencias de Eladio Rodríguez lo constituye el hecho de que, pretendiendo aludir al lince europeo (siguiendo en este punto lo publicado en su día por el citado López Seoane), el animal que, en realidad, termina describiendo como autóctono de Galicia sea el mediterráneo:

> Tiene cerca de un metro de longitud, orejas terminadas por un pincel de pelos largos y color rojizo con pequeñas manchas en todo el cuerpo…[21]

Y es que la diferenciación entre lince europeo y mediterráneo no estaba nada clara en los textos históricos, como indica alguna referencia de la época:

> En Casas-Ibáñez (Albacete) unos cazadores han dado muerte á un enorme lince ó lobo cerval de un metro y setenta y cinco centímetros de largo que ha llamado mucho la atención por ser muy raro encontrar esa clase de fieras en aquella comarca…[22]

Con todo, iba ser Camilo José Cela, el que volvería a tratar la materia en una de sus novelas más famosas: *Mazurca para Dos Muertos*; aunque antes que él, la especie en su vertiente literaria y mitológica había sido ya contemplada por Miguel de Cervantes y Lope de Vega[23].

En esta ocasión el ilustre padronés profundiza acerca del lobo cerval de Galicia en una obra donde mezcla la tragedia de la guerra civil de 1936 con la etnografía y la lengua gallegas, sobre un mosaico en la que destaca la postura subjetiva y peculiar del hombre rural frente a la religión y la muerte:

> A los lobeznos[24] también les dicen lobos cervales. Se tiende un tronco sobre el río de la frontera de la muerte y se les escorrenta[25] con agua bendita, no a tiros[26].

Con ello el novelista completa su visión fantástico-zoológica de la sociedad gallega tradicional, ya que ha aludido en sus escritos a los tres animales salvajes e históricos más importantes de la región, y tratado su profunda comunicación con el alma popular: el lobo, el lince y el oso; y lo materializa a través de dos novelas de indudable sabor atlántico: *Madera de Boj* y *Mazurca para Dos Muertos*. De esta forma, nuestro último Premio Nobel aporta su grano de arena a las interpretaciones y estudios que algunos investigadores habían efectuado sobre la materia, tales como Vicente Risco o Enrique Chao Espina. Y es que las creencias populares han sido un sustrato muy relevante en la antropología cultural de Galicia, como ha dejado escrito no hace mucho Carmelo Lisón Tolosana:

> No es fácil la penetración en el mundo interior de emociones y creencias; con frecuencia se ocultan al investigador, e incluso al vecino, por considerarlas pensamiento y actividad privada. Sin embargo, la intensidad, volumen y diversificación de creencias en Galicia es simplemente extraordinaria; el etnógrafo las ve, las palpa, las oye; también asoma, a veces, la duda y la incredulidad…[27]

La importancia de la especie en la cultura popular se refleja igualmente en algunas consejas lusitanas. En Portugal, el aspecto positivo del felino se observa en la inteligencia y astucia atribuida tradicionalmente a este animal:

> O amor ainda que é cego para ver é lince para adivinhar…[28]

En cambio, la característica negativa del lince se advierte en esa pretendida conducta traicionera de la especie, antes comentada al referirnos al cuento medieval de *Calila y Dimna*:

> Era um lobo cerval traiçoeiro atravesado de raposa…[29]

Con todo, las creencias zoológicas también debieron germinar en los territorios limítrofes, aunque apenas queden ahora vestigios de tales peculiaridades etnográficas. Mas la tradición popular sobre la especie se terminaría perdiendo con el transcurso de los años, hasta el punto que los nombres tradicionales de *lobo cerval* y *tigre* serían también abandonados, siendo sustituidos por el más técnico de *lince*; este último término comenzaría a ser empleado de forma habitual en el noroeste por las personas cultas, pues se había convertido en el preferido del lenguaje administrativo[30].

En este punto, hemos de aludir a lo escrito por el ilustre periodista y arcipreste José González en la localidad leonesa de Crémenes a mediados del siglo pasado:

> Las cumbres es luz tamizada que capta horizontes y paisajes, rincones y repliegues, umbrías y solanas, otero en donde saltan, en plenilunios, las liebres y las raposas, sitio ameno en que se citan para saciar sus instintos sexuales, los corzos y los lobos, los turones enemigos del sol, y los armiños limpios, y los linces de mirar felino…[31]

Mapa de distribución del lince, 1968

Incluso con todos sus inconvenientes, la especie lince generaba rendimientos económicos en el país, con lo que los estragos que ocasionaban los animales más peligrosos quedaban en cierta manera compensados. La demanda medieval por los pellejos de lobos cervales era bastante considerable y suponía que por los puertos cantábricos entrasen tales productos procedentes de las ciudades portuarias más relevantes de Europa[32]. Como ya hemos referido, la piel del lince se empleaba para forrar prendas de vestir, sobre todo mantos y abrigos durante la época renacentista. En consecuencia, la piel era muy estimaba por las clases altas y dirigentes, no siendo extraño el hallar relatos en los que se menciona un personaje histórico ataviado por cualquier prenda, cuyo reverso exhibía la piel tratada de lince; incluso en algún retrato de aquella época se muestra tal circunstancia. Como botón de muestra, indiquemos dos noticias curiosas de aquel periodo: tras la muerte del emperador Carlos V en el monasterio de Yuste se contabilizaría entre su vestuario particular ropa de doblete de seda "aforrada en lomos de lobos cervales"[33]; y dos años más tarde, Isabel de Valois (su futura nuera póstuma), elegiría ropa y corpiño con forros de lince para esposarse en Guadalajara con Felipe II.

No obstante, la oferta nacional que proporcionaban las pieles de animales autóctonos iba a iniciar su declive en la segunda mitad el siglo XIX, coincidiendo con la regresión experimentada por la especie en gran parte de la Península, aunque ya por entonces las transacciones internacionales que realizaban los comerciantes españoles mostraban una predilección por las pieles de linces y osos, venidas principalmente de Francia y Rusia[34].

Fragmento de la monografía "El Lince del Noroeste y las Montañas Galaico-Leonesas", Astorga, 2012.

[1] Séptima partida: *Y en la setena partida de todas las acusaciones y los males y las enemigas que los hombres hacen de muchas maneras y de las penas y los escarmientos que merecen por razón de ellos*. Título 15:*De los daños que los hombres o las bestias hacen en las cosas del otro, de cualquier naturaleza que sean.*

[2] Buffón, Conde de (1792): *Historia Natural, General y Particular,* tomo XI, Imprenta de la Viuda de Ibarra, Madrid, página 212.

[3] Incluso, por gran parte de la Península. Fue incluso frecuente durante el siglo XIX que los periódicos de la capital madrileña prefiriesen emplear la expresión de *lobo cerval* antes que la de *lince*.

[4] *Llop cerver* en lengua catalana.

[5] *La Vanguardia*, 15 de enero de 1936, página 7. Consúltese también Violant i Simorra, R. (1935): *La caça i la pesca al Pallars*, Barcelona, 34 páginas.

[6] Véase De Moraes Silva, A. (1813): *Diccionario da Lingua Portuguesa Recopilado dos Vocabularios Impressos até agora*, 2ª edición, Tomo II, Typographia Lacerdina Lisboa, página 233.

[7] *Grandezas del Reyno de Galicia*, Ms nº 947, F. G. Biblioteca Nacional de Lisboa.

[8] Brehm, A. D. (1880): *Historia Natural*, Montaner y Simón, tomo I, página 261.

[9] *Ibídem.*

[10] De Terreros y Pando, E. (p.) (1787): *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y su correspondiente de las tres lenguas francesa, latina é italiana*, tomo II, Imprenta de la Viuda de Ibarra, Hijos y Compañía, página 477.

[11] Véase Rodríguez, J. M. (1976): "La bestia del Gevaudan: un animal fabuloso que mató a un millar de franceses", en *Historia 16*, número 5, septiembre, Madrid, página 101.

[12] Carta de 30 de abril de 1765. Consúltese Martín Sarmiento (1995): *Epistolario do P. Sarmiento disposto por Xosé Filgueira Valverde e Mª Xesús Fortes Alén…* Página 400.

[13] *Regularmente el lince huye del hombre tanto como puede: sin embargo le ataca desesperada y valerosamente cuando está acosado ó herido y entonces no es un adversario despreciable.* Consúltese Brehm, A. D. (1880): *Historia Natural*, tomo I, Montaner y Simón, Barcelona, página 265.

[14] *Sobre el Lobo Cerval o el Lubicán de Galicia.*

[15] *Muy Señor mío. El Gobernador de Monte-Rey en carta de 25 del mes antez, me dice, que el día 16 del mismo, le avisó el de la plaza de Chaves en Portugal, que el 20, se hazía en aquella raya una montería general con mil hombres de Infantería, un cuerpo de Caballería, las Milicias y paysanege hasta el número de 12.000 hombres, con el fin de si se podría coger, o matar una fiera; la que ha hecho diversos estragos en aquel Reyno, y en este, aviéndose comido más de ochenta criaturas…* Carta del Capitán General de Galicia, Coruña, 4 de junio de 1760. Consúltese la versión del Marqués de Laula del mencionado manuscrito *Sobre el Lobo Cerval o el Lubicán de Galicia*, páginas 57-59.

[16] *Ibídem*.

[17] Recordemos el miedo tremebundo del hombre latino frente a lo que se avecinaba. Se describen entonces ataques de las fieras a los hombres, terremoto en el año 454, eclipses de sol en 418 y 447, cometa del año 442, guerras, hambre, enfermedades y muertes. Véase Risco, V. (1952): *Manual de Historia de Galicia*, Galaxia, 4ª edición, Vigo, página 70.

[18] Vicente Risco, v. gr.

[19] *Diccionario Enciclopédico Gallego-Castellano,* tomo II, página 542.

[20] *Ibídem.*

[21] *Ibídem.*

[22] *La Vanguardia*, Barcelona, 18 de noviembre de 1889, página 2.

[23] *La Arcadia*, libro segundo, v. g.

[24] Debiera decir *lobernos*.

[25] Significa "espanta" en castellano.

[26] Página 232 (edición de bolsillo de Seix Barral).

[27] Véase Lisón Tolosana, C. (2004): *Brujería, Estructura Social y Simbolismo en Galicia*, Ediciones Akal. S. A., Madrid, página 341.

[28] VV. AA. (1935-1960): *Grande Enciclopédia Portuguesa e Brasileira*, tomo XV, página 125.

[29] Véase Castilho de, J. (1904): *Lisboa Antiga*, Casa Bertrand J. Bastos, volumen V, Lisboa, página 139.

[30] De hecho, el Boletín Provincial de la Provincia leonesa transcribiría en julio 1903 el Reglamento para la aplicación de la Ley de Caza de 1902 y en junio de 1924 la reforma de la ley mencionada, donde mayoritariamente se hablaba del lince, en detrimento del lobo cerval.

[31] González Fernández, J. (1951): *Casta de Astures: tipos, escenas y paisajes de la montaña leonesa: estampas*, León, página 66.

[32] Menéndez Pidal, G. (2003) *Varia Medievalia II*, Real Academia de la Historia, Madrid, página 270.

[33] De Cadenas y Vicent, V. (1985): *Hacienda de Carlos V al fallecer en Yuste*, Instituto Alcázar y Castro, CSIC, Madrid. página 37.

[34] Dirección General de Aduanas (1861): *Estadística General del Comercio Exterior de España con sus Posesiones de Ultramar y Potencias Extranjeras en 1860*, Imprenta y Estereotipia Española, Madrid, página 70.